

Judas desencadenado

Peter F. Hamilton

Traducción:
Marta García Martínez



A Sophie Hazel Hamilton
No supe cuánto te había echado de menos hasta que llegaste

Personajes principales

El Agente	Director del personal de seguridad del Inframundo, en Illuminatus
Daniel Alster	Ayudante jefe ejecutivo de Nigel Sheldon
Alessandra Baron	Presentadora de noticias
Dudley Bose	Astrónomo de la Universidad de Gralmond, en proceso de renacimiento
Gore Burnelli	Cabeza de la gran familia Burnelli
Justine Burnelli	Miembro de la alta sociedad de la Tierra, ahora también senadora
Thompson Burnelli	Senador de la Federación, en proceso de renacimiento
Rafael Columbia	Vicealmirante, defensa planetaria
Paul Cramley	Pirata informático, Ciudad Lago Oscuro
Elaine Doi	Presidenta de la Federación Intersolar
Adam Elvin	Antiguo radical, intendente de los Guardianes del Ser
Hoshe Finn	Detective, policía de Ciudad Lago Oscuro
Tonia Gall	Presidenta de la Asociación de Residentes del <i>Ángel Supremo</i>
McClain Gilbert	Capitán de la Marina
Crispin Goldreich	Senador, presidente de la comisión de presupuestos
Bernadette Halgarth	Madre de Isabella, agente del Aviador Estelar
Isabella Halgarth	Agente del Aviador Estelar
Victor Halgarth	Padre de Isabella, agente del Aviador Estelar
El Ángel Supremo	Nave estelar alienígena inteligente
Alic Hogan	Capitán de corbeta, Inteligencia Naval
Ozzie Fernandez Isaacs	Coinventor de la tecnología de agujeros de gusano. Copropietario del TEC
Bradley Johansson	Fundador de los Guardianes del Ser
Patricia Kantil	Ayudante jefe de Elaine Doi
Renne Kempasa	Teniente, Inteligencia Naval
Natasha Kersley	Jefe del proyecto Seattle
Anna Kime	Esposa de Wilson y su jefe de Estado Mayor

Wilson Kime	Antiguo piloto de la NASA. Almirante, jefe de la Marina
John King	Teniente, Inteligencia Naval
Edmund Li	Oficial del cuerpo de inspectores de mercancías de Tierra Lejana, emplazamiento de Boongate
Bruce McFoster	Ex guardián, asesino del Aviador Estelar
Kazimir McFoster	Miembro de un clan de los Guardianes del Ser
Samantha McFoster	Guardiana, técnica de la venganza del planeta
Olwen McOnna	Guardiana
Stig McSobel	Guardián, líder del equipo de Ciudad Armstrong
Miguel Ángel	Presentador de noticias de TSI
Oscar Monroe	Capitán de la Marina, <i>La Defensora</i>
Morton	Soldado convicto de la Marina
Kaspar Murdo	Jefe de conserjes de la clínica Azafrán
Paula Myo	Investigadora jefe, Seguridad del Senado
Jim Nwan	Subteniente, Inteligencia Naval
Matthew Oldfield	Subteniente, Inteligencia Naval
Orion	Adolescente huérfano de Silvergalde
Tigresa Pensamientos	Actriz en programas TSI para «adultos»
Qatux	Raiel, vive en el <i>Ángel Supremo</i>
Ramon D. B.	Senador de Buta, líder del Comité Ejecutivo Africano
Simon Rand	Fundador de Randtown, líder de la resistencia
Mellanie Rescorai	Personalidad de la unisfera, agente de la IS
Gwyneth Russell	Subteniente, Inteligencia Naval
Vic Russell	Subteniente, Inteligencia Naval
Bruno Seymore	Oficial científico, <i>Segunda Oportunidad</i>
Campbell Sheldon	Bisnieto de Nigel con un alto cargo dentro de la dinastía familiar
Nigel Sheldon	Coinventor de la tecnología de agujeros de gusano. Copropietario de TEC
Catherine Stewart	(La Gata) Soldado convicto de la Marina, armamento conectado a su cuerpo
Tunde Sutton	Oficial científico, <i>Segunda Oportunidad</i>
Niall Swalt	Auxiliar en el turoperador Aventuras en la Gran Tríada
Giselle Swinsol	Directora de los proyectos de naves estelares de la dinastía Sheldon
Rob Tannie	Soldado convicto de la Marina, armamento conectado a su cuerpo
Tarlo	Teniente, Inteligencia Naval
Tochee	Alienígena de origen desconocido
Gerard Utreth	Representante de la familia Brant, República Democrática de Nueva Alemania
Liz Vernon	Ingeniera biogenética, esposa de Mark
Mark Vernon	Ingeniero

Prólogo

Ya desde el principio hubo algo en la investigación que no dejó muy tranquila a la teniente Renne Kempasa. La primera duda partió de su subconsciente cuando vio el *loft* de la víctima. Había estado dentro de *lofts* como aquel cien veces. Era la clase de lujoso apartamento metropolitano en el que vivía por lo general un grupo de marchosos personajes de series de TSI; personas guapas y solteras con empleos bien remunerados a quienes les daban la mayor parte del día libre para que pudieran disfrutar de un espacio de unos quinientos metros cuadrados, y que ganduleaban en medio de una decoración extravagante obra de un diseñador de interiores al que pagaban en exceso. Un escenario que era completamente ajeno a la vida real, pero lleno de potencial dramático o cómico para los guionistas.

Y allí estaba, un día después del escopetazo que denunciaba a la presidenta Elaine Doi como agente del aviador estelar, siendo acompañada al interior de uno de esos apartamentos en el ático de un bloque industrial remodelado de Daroca, la capital de Arevalo. El inmenso salón de planta abierta tenía un amplio y soleado balcón que se asomaba al río Caspe, el cual atravesaba el corazón de la ciudad. Al igual que todas las capitales de los prósperos planetas de la fase uno, Daroca era un suntuoso montaje de parques, edificios elegantes y calles amplias que se extendían hasta el horizonte. Bajo las sombras doradas del sol matinal del planeta, resplandecía con un nítido esplendor coronal que añadía una atractiva elegancia al paisaje.

Renne sacudió la cabeza ante aquella fabulosa vista, no terminaba de creérselo del todo. Incluso con el sueldo que le pagaba la Marina, bastante decente, por cierto, jamás podría permitirse el alquiler de algo así. Y en esos momentos aquello lo estaban pagando tres chicas que estaban en su primera vida, y ninguna llegaba a los veinticinco años.

Una de ellas, Catriona Saleeb, le franqueaba la entrada a Renne y Tarlo; era una jovencita de veintidós años, pequeña, con el cabello negro, largo y rizado que lucía un sencillo vestido verde con marcadas franjas geométricas de color lila, aunque Renne sabía que el vestido era un Fon, lo que hacía subir su precio por encima de los mil dólares terráqueos, y la chica lo estaba usando como si fuera un simple vestido de andar por casa. El mayordomo electrónico de Renne envió el expediente de Saleeb a su visión

virtual; era una de los miembros más jóvenes de la familia Morishi, una de las grandes, y trabajaba en un banco en el gran distrito financiero de Daroca.

Sus dos amigas eran Trisha Marina Halgarth, que tenía un empleo en el departamento de publicidad de Vecddale, una filial de Halgarth que diseñaba sistemas domésticos de lujo, e Isabella Halgarth, que había aceptado un empleo en una galería de arte contemporáneo de la ciudad. Todas encajaban en el mismo perfil: tres chicas solteras que compartían piso en la ciudad y se divertían mientras esperaban a que despegaran sus auténticas carreras o a que se materializaran unos maridos de igual riqueza y estatus, y se las llevaran a una mansión costeadada por los fondos fiduciarios fusionados de ambos para producir la cuota de niños que les correspondía por contrato.

—Es un sitio magnífico el que tienen aquí —dijo Tarlo cuando se dirigieron al salón.

Catriona se giró y le dedicó una sonrisa que era mucho más que simple cortesía.

—Gracias. Es un piso de la familia, así que nos lo dejan a buen precio.

—Montones de fiestas salvajes, eh.

La sonrisa de la joven se hizo provocadora.

—Quizá.

Renne lanzó una mirada exasperada a su compañero. Se suponía que estaban de servicio, no tirándoles los tejos a testigos potenciales. Tarlo se limitó a devolverle la sonrisa, unos dientes blancos perfectos resplandeciendo en un rostro bronceado y atractivo. La teniente ya había visto lo eficaz que podía ser aquella sonrisa en los clubes y bares de todo París.

Catriona los llevó a la sección de la cocina, que estaba separada del salón por una amplia barra de mármol. La cocina era ultramoderna, equipada con todos y cada uno de los artilugios más prácticos posibles, todo empotrado en módulos de color blanco cisne y forma de huevo. Por alguna razón a Renne no le parecía que aquello se utilizara mucho para cocinar de verdad, ni siquiera por parte de todos aquellos robots chef de aspecto complicado.

Las otras dos chicas estaban sentadas en unos taburetes, junto a la barra.

—¿Trisha Marina Halgarth? —preguntó Renne.

—Esa soy yo. —Una de las chicas se levantó. Tenía un rostro con forma de corazón y la piel aceitunada pero clara, con unos tatuajes co pequeños y de color verde oscuro con forma de ala de mariposa que partían de los ojos castaños. Vestía un inmenso albornoz de felpa que utilizaba como si fuese una armadura defensiva, y no dejaba de aferrarse a la algodonosa tela y ceñirla alrededor de su cuerpo. Sus pies desnudos lucían anillos de plata alrededor de cada dedo.

—Somos de Inteligencia Naval —dijo Tarlo—. La teniente Kempasa y yo estamos investigando lo que le ha ocurrido.

—Se refiere a lo crédula que fui —le soltó la chica.

—Tranquila, cielo —dijo Isabella Halgarth. Rodeó con un brazo los hombros de Trisha—. Estos son los buenos. —Después se levantó para enfrentarse a los investigadores.

Renne se encontró con que tenía que levantar la cabeza un poco ya que Isabella era varios centímetros más alta que ella, casi tan alta como Tarlo. Iba vestida con unos

vaqueros muy ceñidos que le resaltaban las piernas. Su largo cabello rubio estaba sujeto en una sola cola de caballo que le llegaba a las caderas. Era una imagen de elegancia despreocupada.

La sonrisa de Tarlo se había ensanchado. A Renne le apetecía empujarlo contra una pared y gritarle una advertencia sobre conducta profesional mientras le agitaba un dedo en la cara para darle más énfasis. Pero, en lugar de eso, hizo todo lo que pudo por no prestar atención a las miradas y los rituales de apareamiento que se estaban produciendo a su alrededor.

—He investigado casos muy parecidos, señorita Halgarth —dijo—. En mi experiencia, la víctima pocas veces es una persona crédula. Los Guardianes han ido desarrollando una operación muy sofisticada a lo largo de los años.

—¡Años! —bufó Catriona—. ¿Y no los han cogido todavía?

Renne mantuvo la expresión cortés.

—Creemos que estamos cerca de una resolución.

Las tres chicas intercambiaron miradas poco convencidas. Trisha volvió a sentarse, aferrada al albornoz.

—Sé que es desagradable para usted —dijo Tarlo—. Pero si pudiera empezar por decirme el nombre del hombre... —Su sonrisa se suavizó, convertida en una expresión alentadora y comprensiva.

Trisha asintió de mala gana.

—Claro. Howard Liang. —Esbozó una débil sonrisa—. ¿Supongo que ese no era su nombre real?

—No —dijo Tarlo—. Pero esa identidad habrá creado muchos datos dentro del ciberespacio de Daroca. Nuestros equipos informáticos forenses conseguirán un buen número de archivos asociados. Podemos comprobar la información de la identidad falsa, dónde se insertó, y quizá quién estuvo implicado en la falsificación. Todo ayuda.

—¿Cómo se conocieron? —preguntó Renne.

—En una fiesta. Vamos a muchas. —La joven miró a sus dos amigos en busca de apoyo.

—Es una ciudad estupenda —dijo Isabella—. Daroca es un planeta rico, la gente de aquí tiene dinero y tiempo para divertirse. —Sus ojos le lanzaron a Tarlo una mirada divertida—. Trish y yo pertenecemos a una dinastía, Catriona es una grande de la galaxia. ¿Qué puedo decir? Somos personas muy deseables.

—¿Howard Liang era rico? —preguntó Renne.

—No tenía un fondo fiduciario —dijo Trisha, después se sonrojó—. Bueno, decía que no lo tenía. Se suponía que su familia venía de Velaines. Dijo que hacía un par de años que había salido de su primer rejuvenecimiento. Me gustó.

—¿Dónde trabajaba?

—En el departamento de materias primas de la financiera Ridgeon. Dios, ni siquiera sé si eso es verdad. —Se llevó la mano libre a la frente y se la frotó con fuerza—. No sé cuántos años tenía en realidad. No sé nada en absoluto sobre él. Eso es lo que más odio de todo. No que robara mi certificado de autor, ni que me sometiera a un borrado de memoria. Solo... que me engañara así. Es tan estúpido. La oficina de seguridad de nuestra familia nos envía las suficientes advertencias. Nunca pensé que me afectarían.

—Por favor —dijo Tarlo—. No se culpe. Estos tipos son profesionales. ¡Caray, pero si es probable que me engañaran hasta a mí! Bueno, ¿cuándo fue la última vez que lo vio?

—Hace tres días. Salimos esa noche. Me habían invitado al club Bourne, había una fiesta, el estreno de una nueva serie. Después comimos algo, y luego volví a casa, creo. La matriz doméstica del apartamento dice que llegué a las cinco de la mañana. No recuerdo nada después de la cena. ¿Fue entonces cuando lo hicieron?

—Es posible —dijo Renne—. ¿El señor Liang compartía su apartamento con alguien?

—No. Vivía solo. Conocí a un par de sus amigos. Creo que eran de Ridgeon. Solo salimos un par de semanas. Lo suficiente para que yo bajara la guardia, supongo. —Sacudió la cabeza con furia—. Odio todo esto. La Federación entera piensa que yo creo que la presidenta es una alienígena. Jamás podré mirar a nadie en el trabajo otra vez. Tendré que volver a Solidade para que me cambien la cara y utilizar otro nombre.

—Seguramente eso ayudaría —dijo Tarlo con dulzura—. Pero antes tenemos que hacerle unas pruebas. Hay un equipo médico forense esperando abajo, en el vestíbulo. Pueden hacerlo en una clínica o aquí, con lo que usted esté más cómoda.

—Háganlo aquí —dijo Trisha—. Pero terminen de una vez.

—Por supuesto. Otro equipo barrerá el piso de ese hombre.

—¿Qué esperan encontrar allí? —preguntó Isabella.

—Identificaremos su ADN, por supuesto, —le dijo Renne—. Quién sabe qué más vamos a descubrir, sobre todo si lo utilizaron como base. Y sacaremos su expediente de los archivos de personal de la financiera Ridgeon, que me gustaría que usted confirmara los resultados. Ayudaría tener una foto suya.

—¿No se habrá sometido a un perfilamiento a estas alturas? —preguntó Catriona.

—Sí. Pero es en su historial en lo que vamos a concentrar nuestra investigación, en su pasado. Ahí es donde están las pistas sobre su origen. Tienen que entender que tenemos que desarticular la organización entera de los Guardianes, es el único modo de llevar a Liang ante la justicia. No lo estamos persiguiendo a él de forma individual.

Se pasaron otros veinte minutos en el *loft*, tomándoles declaración a las chicas y después dieron paso al equipo médico forense. Renne estaba a medio camino de la puerta cuando se detuvo y lanzó al gran salón una mirada pensativa con la que lo examinó por entero. Trisha entraba en ese momento en su dormitorio con dos miembros del equipo forense.

—¿Qué? —preguntó Tarlo.

—Nada. —Renne le lanzó a Catriona e Isabella una última mirada antes de irse.

—Vamos —dijo Tarlo en el ascensor que los devolvía al vestíbulo—. Te conozco. Le estás dando vueltas a algo.

—*Déjà vu*.

—¿Qué?

—No es la primera vez que veo esta escena.

—Yo tampoco. Cada vez que los Guardianes lanzan un escopetazo a la unisfera, la jefa nos envía a echar un vistazo.

—Sí, así que también deberías haberte dado cuenta. ¿Te acuerdas de Minilya?

Tarlo frunció el ceño cuando se abrieron las puertas. Salieron al vestíbulo.

—Más o menos, fue hace cuatro años. Pero eran una panda de tíos compartiendo piso.

—¿Y qué? ¿Ahora te me vas a poner sexista? ¿Es diferente porque son chicas?

—¡Eh!

—Era el mismo montaje, exacto, Tarlo. Y tampoco es la primera vez que vemos un grupo solo de chicas.

—En Nzega, April Gallar Halgarth. Formaba parte de un grupo que estaba de vacaciones.

—Buwangwa también, no te olvides.

—De acuerdo, ¿y qué es lo que insinúas?

—No me gustan las repeticiones. Y los Guardianes saben que los atraparemos con mucha más facilidad si siempre siguen el mismo patrón.

—Yo no veo ningún patrón.

—No es un patrón exactamente.

—¿Entonces, qué?

—No estoy segura. Están repitiendo el procedimiento. No es propio de ellos.

Tarlo salió el primero por las puertas giratorias del vestíbulo y utilizó a su mayordomo electrónico para llamar a un taxi.

—Los Guardianes tampoco tienen muchas alternativas. Lo admito, el número de Halgarth jóvenes e idiotas que hay en la galaxia es enorme, pero su estilo de vida y sus planes sociales solo tienen un número finito de permutaciones. No son los Guardianes los que se repiten, son los Halgarth.

Renne frunció el ceño cuanto el taxi aparcó delante de ellos; su compañero tenía razón, aunque ella no había estado pensando en esa línea.

—¿Crees que el departamento de seguridad de los Halgarth está llevando a cabo alguna operación para hacerlos caer en una trampa? ¿Que podrían haber puesto a Trisha como cebo?

—No —dijo el otro con calor—. Eso no encaja. Si fuera una trampa habrían atrapado a Liang la noche que conoció a Trisha. Los datos históricos que lo identifican quizá hubieran soportado la revisión de la financiera Ridgeon, pero una operación concreta dirigida por los Halgarth... Imposible.

—Tienen que haber estado realizando operaciones para atraparlos. Si yo fuera uno de los Halgarth de mayor rango, estaría más que furiosa al ver que la familia es el blanco constante de los Guardianes.

Tarlo se acomodó en el asiento de cuero del taxi.

—Es cierto que tienden a presionar bastante a la jefa.

—Y tampoco creo que sea así. Si estuvieran poniendo una trampa, nos lo dirían.

—¿Tú crees?

—De acuerdo, quizá no —dijo—. Pero como no era una trampa, de todos modos es irrelevante.

—No sabemos si era una trampa.

—No atraparon a Liang y no nos han dicho nada, cosa que ya habrían hecho a estas alturas.

—Pero por otro lado, están muy ocupados buscando a Liang y no quieren asustarlo contándonoslo a nosotros.

—No es eso. —A Renne le costaba incluso mirar a Tarlo—. Hay algo raro, muy raro. Fue todo demasiado pulcro.

—¿Demasiado pulcro?

El tono de incredulidad en la voz masculina la hizo estremecerse.

—Sí, ya lo sé, ya lo sé. Pero hay algo que me molesta. Ese *loft*, esas chicas, todo ese montaje gritaba: «Aquí hay unas chicas ricas y tontas, venid a estafarlas».

—No lo entiendo, ¿quién es el malo aquí, los Guardianes o los Halgarth?

—Bueno... Está bien, supongo que no han podido ser los Halgarth, a menos que fuera en realidad una trampa.

Tarlo le sonrió.

—Te estás volviendo peor que la jefa cuando se trata de conspiraciones. Dentro de nada vas a empezar a echarle la culpa al aviador estelar.

—Podría ser —Renne le dedicó una débil sonrisa—. Pero, con todo, voy a decirle que creo que aquí hay algo extraño.

—Suicidio profesional.

—¡Vamos! ¿Qué clase de detective eres tú? Se supone que tenemos que seguir las corazonadas. ¿Es que no ves ninguna serie de polis?

—Las series de la unisfera son para gente que no tiene vida. Yo, señorita, estoy muy ocupado por las noches.

—Ya —dijo su compañera con sarcasmo—. ¿Te sigues poniendo el uniforme de la Marina cuando vas a los clubes?

—Soy un oficial naval. ¿Por qué no habría de hacerlo?

Renne se echó a reír.

—¡Dios! ¿Y funciona de verdad?

—Funciona si encuentras chicas como esas tres.

La detective suspiró.

—Escucha —dijo Tarlo—. ¿Qué puedes decirle a Myo? ¿Qué tuviste una sensación rara? Te va a poner a caldo. Y a mí no me mires para que te apoye. Allí no pasaba nada raro.

—La jefa valora el modo que tenemos de considerar los casos. Sabes que siempre dice que tenemos que abordar el crimen de un modo más holístico.

—Holístico sí, no visionario.

Seguían discutiendo cuarenta minutos más tarde cuando regresaron a la oficina de París. Cinco oficiales uniformados de la Marina aguardaban juntos, fuera del despacho de Paula Myo.

—¿Qué pasa? —le preguntó Tarlo a Alic Hogan.

—Columbia está ahí dentro con ella —dijo el comandante. Parecía muy incómodo.

—¡Cristo! —murmuró Renne—. Será por lo del fiasco de Los Ángeles. Se suponía que esta mañana yo estaba siguiendo las pistas de esa operación.

—Como todos —dijo Hogan. Se obligó a apartar la vista de la puerta cerrada—. ¿Encontraron algo en Daroca?

Renne estaba intentando pensar en algo que decir, Hogan siempre hacía las cosas según el manual.

—Fue la típica operación de los Guardianes —se apresuró a decir Tarlo. Había clavado los ojos en Renne—. Dejamos a los forenses examinando la escena.

—Bien. Manténganme informado.

—Sí, señor.

—Una operación típica —dijo Renne con gesto mordaz mientras regresaban a sus escritorios.

—Acabo de salvarte el culo ahí detrás —dijo Tarlo—. Puedes soltarle todo eso de la intuición a la jefa, pero no a Hogan. Todo lo que le interesa a ese capullo es ir poniendo crucecitas en el papel.

—Está bien, está bien —gruñó la detective.

Paula Myo salió de su oficina con el bolso al hombro y la pequeña planta de *rabbakas* que tenía en el alféizar de la ventana. Un Rafael Columbia muy colorado aguardaba tras ella ataviado con el uniforme de gala de almirante.

Renne no había visto jamás a Myo tan conmocionada y sintió que un escalofrío le recorría la columna; nada perturbaba jamás a la jefa.

—Adiós —le dijo Myo a la oficina en general—. Y gracias por todo el trabajo duro que han hecho por mí.

—¿Paula? —jadeó Tarlo.

Myo sacudió la cabeza de forma casi imperceptible y el detective se calló. Renne vio a Paula Myo salir de la oficina, era como ver un funeral.

—Comandante Hogan —dijo Columbia—. Pase un momento, por favor. —Desapareció en el despacho de Myo y Alic Hogan estuvo a punto de echar a correr detrás de él. La puerta se cerró después.

Renne se dejó caer en la silla.

—Eso no ha ocurrido —murmuró con aire incrédulo—. No se pueden deshacer de ella. Ella es la puñetera Junta Directiva.

—Pero es que no somos la Junta Directiva —dijo Tarlo en voz baja—. Ya no.

El sonido seco de los disparos de una pistola de iones crepitó por los altavoces y reverberó por toda la oficina de seguridad de Los Ángeles Galáctico. Los gritos lo ahogaron de inmediato. El comandante Alic Hogan observó horrorizado las pantallas, sin poder moverse, mientras el asesino dejaba la escena del asesinato de Kazimir y corría por la explanada central de la terminal Carralvo sin dejar de disparar. Los aterrorizados pasajeros se lanzaban al suelo o se agachaban detrás de las barandillas.

—El pelotón B está en la explanada superior —informó Renne desde su monitor—. Tiene un blanco claro.

—Acaben con él —ordenó Hogan.

El comandante observó la imagen granulosa de una cámara cuando una pulsación de iones del mejor tirador del pelotón alcanzó al asesino. Una corona de chispas moradas llameó por un instante y perfiló la figura que corría.

—Maldita sea —siseó Hogan.

Lo alcanzaron dos pulsaciones de iones más. Las chispas se derramaban por toda la explanada, quemaban las paredes y los carteles de anuncios; la gente chillaba cuando los tentáculos de energía estática se retorcían sobre sus ropas y los quemaban. Se dispararon los detectores de humo, que añadieron sus aullidos al estrépito general.

—Lleva un traje con un campo de fuerza —exclamó Renne—. No pueden penetrar a esa distancia.

Hogan abrió el icono de comunicación general en su visión virtual.

—A todos los pelotones, acérquense al objetivo. Persígalo hasta que esté en terreno abierto y después abran fuego. Sobrecarguen ese campo de fuerza. —Mientras observaba a los escuadrones que ponían en práctica la nueva táctica, las pantallas de todos los monitores empezaron a parpadear. En su visión virtual empezaron a aparecer gráficos rojos de advertencia por todo el interfaz que lo comunicaba con la red del departamento.

—Se ha liberado un programa de caos en los nodos de la red local —le informó su mayordomo electrónico—. La IR del control está intentando limpiarlos.

—¡Maldita sea! —El puño de Hogan golpeó su monitor. Al otro lado de la habitación, la senadora Burnelli se estaba levantando de su asiento. Parecía

alterada, su rostro joven y hermoso se crispaba con una expresión de culpabilidad insondable. Más imágenes de las cámaras se desvanecieron de las pantallas en medio de un torbellino de energía estática. Solo permanecía una imagen del asesino, tomada desde un sensor del tejado. Hogan lo vio correr por una rampa que subía al andén 12A, dos oficiales de la Marina lo perseguían a cien metros de distancia. Se intercambiaron disparos de iones. La imagen se fue deshaciendo en una bruma gris. Un gruñido áspero se escapó de la garganta de Hogan. ¡Aquello no podía estar pasando! Era un desastre absoluto. Y lo que era peor, estaba ocurriendo delante de la senadora que les había dado la primera pista real que tenían de los Guardianes. Una pista que Hogan había deseado desesperadamente seguir.

La mano virtual de Hogan voló sobre los iconos para abrir los canales seguros de audio de los pelotones. Al menos los sistemas especializados de la Marina no habían quedado demasiado afectados por el caos.

—¡Está en el andén, está en el andén!

—Hacia ti, llegando al 12A por la segunda rampa.

—Disparando.

—¡Espera! ¡No, hay civiles!

—¿Vic, dónde estás?

—Está entrando un tren.

—¿Vic? Por el amor de Dios.

—¡Joder! Ha saltado. Repito, el objetivo está en las vías. Está en las vías del oeste.

—Vayan tras él —ordenó Hogan—. Renne, ¿a quién tenemos fuera?

—El pelotón H está cerca. —La detective estaba sacando planos del terreno de una matriz manual que no había quedado afectada por el caos—. Tarlo, ¿estás ahí? ¿Puedes interceptarlo?

—Estamos en ello. —El lacónico comentario de Tarlo iba acompañado por el sonido de unas pisadas secas.

Hogan fue vagamente consciente de que la senadora y sus guardaespaldas dejaban la oficina de seguridad. Su mayordomo electrónico había puesto un mapa traslúcido en 3D en su visión virtual. La vía del oeste que partía del andén 12A se deslizaba por una amplia zona con un centenar de vías cruzadas, era un cruce importante entre la terminal de pasajeros y un patio de carga que al final dibujaba una curva hacia el acantilado de salidas que había cuatro kilómetros y medio más al norte.

—Jamás conseguirá llegar allí —murmuró Hogan. Después se volvió hacia Tulloch, el oficial de enlace con la seguridad de Transporte Espacial por Compresión—. ¿Tiene fuera a alguno de sus equipos?

El hombre asintió.

—Tres equipos. Se están dirigiendo ahora hacia allí. Este caos no ayuda mucho, pero al menos tienen las comunicaciones despejadas. No se preocupe, quedará encerrado dentro de ese cruce. No se va a ninguna parte.

Hogan volvió a mirar la oficina de seguridad y vio que su equipo miraba furioso y frustrado a sus inútiles monitores. Todo lo que podían hacer era esperar hasta que la IR purgara la red de la estación. Sobre el terreno, los equipos se mandaban coordenadas

unos a otros. Los implantes de Hogan les asignaban lugares en el mapa. Era un círculo muy amplio que rodeaba la vía occidental del andén 12B, un círculo muy holgado. Renne estaba enviando una sarta de órdenes para intentar cerrar las brechas.

—Me voy abajo —anunció.

—¿Señor? —Renne se separó un momento de la situación táctica para lanzarle una mirada sorprendida.

—Hágase cargo aquí —le dijo Hogan—. Quizá pueda ayudar por ahí abajo. —Vio un breve destello de duda en la cara de la mujer antes de decir, «sí, señor». Hogan era muy consciente de hasta qué punto se había extendido esa incertidumbre entre los oficiales que tenía bajo su mando. La oficina de París que había heredado de Paula Myo jamás lo había considerado otra cosa que el adlátere del almirante Columbia, un político puesto allí a dedo que en realidad no estaba a la altura del cargo. Al comienzo de aquella operación de vigilancia había esperado ganarse al fin su respeto. Pero esa esperanza parecía estar desvaneciéndose también junto con el asesino.

El caos que estaba haciendo estragos en los sistemas electrónicos de L. A. Galáctico estaba comenzando a sentirse a un nivel físico. Hogan tuvo que utilizar las escaleras que había en el extremo del bloque de oficinas de Carralvo para bajar a la explanada. El sistema de seguridad de todos los ascensores del edificio se había desconectado y los había detenido allí donde estuvieran. Al salir de la oficina de seguridad, bajó corriendo los cuatro tramos de escaleras y cuando llegó a la planta baja apenas se le había alterado la respiración. En la explanada, una marejada de personas asustadas andaban de un lado para otro en desbandada. Asustadas por el asesinato y la persecución, confusas por el desplome de las redes locales, no sabían hacia dónde huir. Tampoco ayudaba que casi todas las alarmas se hubieran puesto a sonar y que las flechas holográficas de color escarlata que indicaban las salidas de emergencia se deslizaran por el aire sobre ellos en direcciones contradictorias.

Hogan se abrió camino entre ellos sin notar las maldiciones que le lanzaban. Estaba escuchando a los pelotones en los sistemas seguros de comunicación. No tenía buena pinta. Había demasiadas preguntas, demasiados gritando, «¿por dónde?». Todos dependían demasiado de los oficiales que estaban en la oficina de seguridad coordinando la operación, organizándolos en pulcros patrones de barrido, observando la situación a través de los sensores primarios de la estación. *Tengo que cambiar los procedimientos de adiestramiento*, pensó con aire ausente. Su mapa le mostraba el círculo irregular de sus agentes y los equipos del TEC, que se iban cerrando sobre la supuesta posición del asesino.

Sacó su propia pistola de iones al irrumpir a la carrera en la rampa que llevaba al andén 12A. Los pocos pasajeros que quedaban allí estaban todos encogidos junto a las paredes y columnas, se estremecieron cuando pasó junto a ellos a toda prisa y se dejó caer en las vías. Unos llamativos hologramas de color ámbar situados al borde del andén le advirtieron que no continuara. Hizo caso omiso de ellos y salió disparado hacia el extremo de la terminal, donde el sol se precipitaba por el alto tejado arqueado. La voz de Renne seguía sonando tranquila y serena en sus oídos mientras les decía a los agentes hacia dónde tenían que girar y qué dirección tomar. A pesar de ello, seguía habiendo grandes vacíos en el lazo que se iba contrayendo alrededor del asesino. Hogan apretó la mandíbula y no dijo nada, pero estaba furioso con el desigual

despliegue que estaban llevando a cabo. Solo cuando salió al sol californiano que inundaba la zona comprendió la razón. Toda la zona del cruce representado en su mapa virtual por un pulcro encaje de vías varias era en realidad un entorno duro de cemento y acero que se extendía a lo largo de kilómetros y kilómetros en todas direcciones. Por un lado estaban los abultados almacenes y torres de carga de la zona de mercancías, donde las máquinas y los robots estaban en constante movimiento. Pero por delante de él, docenas de trenes estaban serpenteando entre los cruces, desde los pesados cargueros de un kilómetro de largo arrastrados por las enormes locomotoras GH9 hasta los trenes circulares transterráqueos; las lanzaderas de mercancías intraestacionales, con sus veinte vagones, y los lustrosos expresos blancos que pasaban unos tras otros a una velocidad aterradora. Llenaban el aire de chirridos metálicos y un traqueteo atronador, un estrépito constante revestido por los golpes metálicos constantes de lo que debían de ser choques entre naves pequeñas. Era un ruido del que nunca había sido consciente mientras viajaba en la comodidad acondicionada de los vagones de primera clase.

El ataque del programa de caos no hizo mella en el control de tráfico de la estación. El TEC, siempre nervioso por los posibles sabotajes o incluso las catástrofes naturales, utilizaba una codificación independiente y ultraendurecida para mantener todas las comunicaciones y el control de los trenes en todo momento y bajo cualquier circunstancia; se habían impuesto incluso durante el ataque alienígena contra los 23 Perdidos.

Hogan estuvo a punto de parar en seco cuando un tren de carga rápido pasó a toda velocidad a cincuenta metros a su izquierda. Sintió el viento de su estela en la cara. Vio a varios miembros de los pelotones, desplegados a lo lejos, delante de él, todos ellos con las armas preparadas e intentando mirar en todas direcciones a la vez.

Hogan pinchó el icono virtual que lo ponía en contacto directo con Tulloch.

—¡Por el amor de Dios, cierre el tráfico aquí fuera! Nos van a hacer papilla contra el paisaje.

—Lo siento, Alic, ya lo he intentado; el control de transporte no piensa hacerlo sin una autorización del Ejecutivo.

—¡Mierda! —Mientras Hogan miraba, uno de los suyos salió disparado de repente de lado. Una serpiente de doscientos metros de vagones cisterna arrastrada por una locomotora GH4 rodaba por la vía en la que se encontraba—. Renne, que el almirante Columbia dispare una bomba atómica debajo del TEC, quiero estos puñeteros trenes parados. ¡Ya!

—Estoy trabajando en ello, señor. Se está limpiando el caos. Deberíamos volver a tener cobertura completa de los sensores en unos minutos.

—¡Por Dios! —escupió Hogan por lo bajo. *¿Se puede saber cuántos desastres se pueden acumular en un solo día?* Se apartó a toda prisa él también de la vía y empezó a correr con paso ligero hacia la errática línea de miembros del pelotón que tenía delante—. Muy bien, chicos, vamos a organizarnos mejor. *¿Quién fue la última persona que vio de verdad a nuestro objetivo?*

—Hace un par de minutos lo tenía a doscientos metros, dirección noroeste.

La visión virtual de Hogan identificó al que hablaba como John King, y ubicó su posición en el mapa.

—Avistamiento positivo, señor. Lo tengo al otro lado de este cambiador plano —dijo Gwyneth Russell. Su posición estaba a casi medio kilómetro de la de John.

—¿Cuándo? —preguntó Hogan.

—Saltó tras él hace quizá un minuto, señor.

—Puedo confirmarlo —dijo Tarlo—. Mi pelotón se encuentra al norte de Gwyneth. El cambiador acaba de llegar aquí. Está al otro lado.

Hogan examinó la dirección en la que según su mapa estaba desplegado el pelotón de Tarlo. Un tren de contenedores cilíndricos se desplazaba a toda prisa por una vía entre él y el pelotón. Creyó ver otro tren moviéndose al otro lado, entre las brechas que dejaban los contenedores. Quizá fuera el cambiador. Era un destello confuso de movimiento.

Se produjo un breve reflujó en el estrépito de fondo y después escuchó un zumbido agudo en la hondonada cóncava que tenía a la derecha, el sonido de unos cables de alto voltaje. Hogan bajó la vista para mirar y frunció el ceño. Había supuesto que era un largo desagüe de algún tipo, de cemento amalgamado por encima, tenía unos tres metros de ancho y algo más de un metro de profundidad. La superficie gris se ondulaba un poco y la hondonada entera que tenía detrás se extendía por el suelo y se conectaba con otra hondonada que corría paralela a veinte metros de distancia.

¡Una vía del nivel magnético!

Hogan se lanzó sobre la dura gravilla de granito y se puso las manos sobre la cabeza. Un tren expreso pasó a toda velocidad con un aullido. La americana del uniforme aleteó como una vela en un tornado. Por un instante pensó que la presión del aire iba a ser lo bastante fuerte como para levantarlo del suelo. Gritó sin palabras en medio de aquel alarido desgarrador cuando lo atravesó un miedo animal. Después, el expreso desapareció y su luz estroboscópica posterior parpadeó a lo lejos.

Las piernas tardaron un minuto en dejar de temblarle lo suficiente como para sostener su peso. Se puso en pie con esfuerzo y miró con aire nervioso por la inofensiva hondonada en busca de alguna señal de otro expreso.

—No está aquí —exclamó Tarlo—. Señor, lo hemos perdido.

El mapa de Hogan le mostró una gran concentración de soldados en una sección concreta de la vía, con Tarlo en el medio.

—No es posible —insistió Gwyneth—. Por el amor de Dios, lo vi detrás del tren.

—Bueno, pues por aquí no vino.

—¿Entonces, dónde, coño?

—¿Puede verlo alguien? —preguntó Hogan—. ¿Quién sea?

Recibió un coro de respuesta: «Aquí no, no, señor».

Mientras se iba alejando con paso vacilante de la vía magnética, su visión virtual le mostró que la red de la estación se iba restableciendo poco a poco. Renne había sacado un horario de rutas del cruce de control de tráfico y lo estaba utilizando para advertir a todos de los trenes que se acercaban.

—Mantenga a todo el mundo en su posición —le dijo Hogan—. Quiero que se cierre un perímetro alrededor de este cruce. No puede haber llegado al borde todavía. Lo mantenemos sellado hasta que tengamos otra vez cobertura electrónica absoluta.

—Sí, señor —respondió la oficial—. Oh, acabamos de recibir una ayuda adicional.

Un par de helicópteros negros se lanzaron en vuelo bajo sobre el cruce; en el vientre llevaban escritas en blanco las siglas del Departamento de Policía de Los Ángeles. Hogan los miró furioso. *Ah, genial, como en el fiasco del puerto deportivo. Los polis se estarán descojonando de nosotros.*

Varias imágenes claras de los sensores comenzaban a aparecer en un gráfico en su visión virtual a medida que se despejaba el caos. Oyó el primero de los trenes que frenaba, un chirrido que le hizo castañetear los dientes y que se oyó en todo el cruce. Se le unió otro y después, otro más hasta que empezaron a frenar todos los trenes.

Al fin, el cruce quedó en silencio y los trenes inmóviles.

—Muy bien, chicos —anunció Hogan con tono lúgubre—. Vamos a barrer esta zona, sector por sector.

Dos horas más tarde Alic tuvo que reconocer la derrota. Habían registrado cada centímetro del cruce, de forma visual y con sensores. El asesino no estaba por ninguna parte. El perímetro protegido por sus propios pelotones y los equipos de seguridad del TEC permanecía intacto. Y, sin embargo, el objetivo los había eludido de algún modo.

Desde el puesto de mando improvisado que había establecido en el andén 12A, Hogan observó los pelotones cansados y abatidos que regresaban con paso pesado de todo el cruce. Era un golpe lamentable para la moral de todos. Lo vio en sus expresiones, el modo que tenían de evitar mirarlo a la cara al pasar.

Tarlo se detuvo delante de él, parecía más enfadado que decepcionado.

—No lo entiendo. Nosotros estábamos justo detrás de él. Los otros lo rodeaban por todas partes. No ha podido pasar junto a nosotros, me da igual el sistema electrónico que le hayan conectado.

—Tuvo ayuda —le dijo Hogan a su teniente—. Mucha ayuda. Solo el caos ya es prueba suficiente.

—Sí, supongo. ¿Vuelve a París? Unos cuantos nos vamos de bares, seguirán abiertos. Los buenos por lo menos.

En cualquier otro momento Hogan habría agradecido el ofrecimiento.

—Gracias, pero no. Tengo que contarle al almirante lo que ha pasado.

Tarlo se estremeció con gesto compasivo.

—Uf. Bueno... Para eso le pagan una pasta.

—No lo suficiente —murmuró Hogan mientras el alto californiano bajaba por el andén con sus compañeros de pelotón. Después cogió aire y le dijo a su mayordomo electrónico que llamara al despacho de Columbia.

La senadora Justine Burnelli se quedó con el cuerpo mientras el oficial del depósito de cadáveres municipal dirigía a la camilla robot hacia una de las muchas salidas de servicio que había en el sótano de Carralvo. Había habido un buen retraso mientras L. A. Galáctico se recuperaba del ataque informático, tiempo que ella había pasado con los ojos clavados en la figura de Kazimir, echado sobre el suelo de mármol blanco de la explanada. La sábana que el apagado personal del TEC le había traído no era lo bastante grande para cubrir el charco de sangre que se extendía a su alrededor.

En ese momento, su amor estaba sellado en una bolsa negra para cadáveres y un pequeño escuadrón de robots de limpieza estaba trabajando ya en la sangre, frotando la superficie de mármol y erradicando cualquier señal de manchas con fuertes y eficaces productos químicos. En una semana nadie sabría lo que había ocurrido.

La camilla robot se deslizó por la parte posterior de la ambulancia de la morgue. —Iré con él —anunció Justine.

Nadie protestó, ni siquiera Paula Myo. Justine trepó al vehículo y se sentó en el estrecho banco al lado de la camilla cuando se cerraron las puertas. Myo y los dos guardaespaldas de la Seguridad del Senado que había destacado para que acompañaran a Justine entraron en un coche que esperaba tras la ambulancia. Sola bajo la luz sombría de una única banda polifotónica que había en el techo, Justine creyó que iba a empezar a llorar otra vez.

¡No lo haré! Kazimir no lo habría querido, él y sus modales del viejo mundo.

Una única lágrima le resbaló por la mejilla mientras bajaba poco a poco la cremallera de la bolsa. Se permitió verlo por última vez antes de que todo se convirtiera en un proceso frío y clínico para la identificación oficial y la inevitable autopsia forense. Examinarían su cuerpo joven y lo analizarían a fondo, lo que significaría que los patólogos lo abrirían para complementar la información del escáner de profundidad. Una violación que despojaría al cadáver del joven de cualquier dignidad que le quedara. Después de eso, ya no sería Kazimir.

Lo miró de nuevo, todavía sorprendida por la expresión pasiva de su rostro.

—Oh, mi amor, yo continuaré tu causa —le prometió Justine—. Yo seguiré con tu lucha y ganaremos. Venceremos. Destruiremos al aviador estelar.

El rostro muerto de Kazimir miraba al techo sin ver. Justine se estremeció al bajar la vista y ver el pecho destrozado del joven, el agujero quemado, hecho trizas, que la pulsación de iones había dejado en la americana y la camisa. Poco a poco se obligó a meter la mano en los bolsillos y palpar en busca de lo que fuera. Lo habían enviado al observatorio de Perú a recoger algo y la senadora sabía que no podía confiar en la Marina. Tampoco estaba muy segura de Myo y la investigadora desde luego no confiaba en ella.

No había nada en los bolsillos. Justine rebuscó por el cuerpo de su amante, palpó la tela de la ropa mientras intentaba hacer caso omiso de las manchas de sangre que se acumulaban en sus dedos y las palmas de las manos. Le llevó un rato pero al fin encontró el cristal de memoria que tenía en el cinturón. Una sonrisa leve, de cariño, acarició sus labios al notarlo: estaba en una misión secreta y Kazimir utilizaba un bolsillo de seguridad en el cinturón, como cualquier turista temeroso de un atraco. En ese mismo instante odió a los Guardianes por utilizarlo. Su causa quizá fuera justa, pero eso no significaba que pudieran reclutar niños.

Justine se estaba limpiando las manos con unos pañuelos de papel cuando el vehículo empezó a frenar. Metió los pañuelos en su bolso junto con el cristal de memoria y subió a toda prisa la cremallera de la bolsa. Se abrieron las puertas. Justine se bajó, preocupada por parecer tan culpable como se sentía.

Estaban en un pequeño almacén, aparcados en una plataforma junto a un tren que los aguardaba y que tenía solo dos vagones. Había tenido que llamar a Campbell Sheldon para solicitar a toda prisa un tren privado. Por fortuna, Campbell se había mostrado comprensivo. Aunque eran amigos, Justine sabía que más tarde tendría que pagar el precio. Siempre había un precio, un apoyo para una política concreta, un favor que devolver. Así era el juego. Pero le daba igual.

Paula permaneció junto a ella mientras la camilla rodaba al interior del compartimento de carga del segundo vagón.

—¿Se da cuenta de que el almirante Columbia no va a aprobar esto, senadora?

—Lo sé —dijo Justine. Y eso también le daba igual—. Pero quiero estar segura de la autopsia. La Seguridad del Senado puede supervisar el procedimiento, pero quiero que se lleve a cabo en nuestra clínica familiar de Nueva York. Es el único sitio en el que puedo estar segura de que no habrá discrepancias ni problemas.

—Entiendo.

Al tren le llevó veinte minutos hacer el recorrido circular por Seattle, Edmonton y Tallahassee antes de entrar en la estación de Newark de Nueva York. Una ambulancia de la clínica, sin señales distintivas, aguardaba al cuerpo junto con dos limusinas. Justine ya no pudo evitar viajar con Paula cuando el pequeño convoy salió disparado rumbo a las exclusivas instalaciones situadas a las afueras de la ciudad.

—¿Confía en mí? —preguntó Paula.

Justine fingió mirar por la ventanilla oscurecida el perfil de los distritos que iban apareciendo. A pesar de la profunda conmoción del asesinato y toda la confusión emocional consiguiente, seguía estando en un estado lo bastante racional como para plantearse todas las implicaciones de la pregunta. Y sabía muy bien que la investigadora nunca bajaba la guardia.

—Creo que ahora compartimos varios objetivos comunes. Las dos queremos atrapar a ese asesino. Las dos creemos que el aviador estelar existe. Y desde luego las dos sabemos que la Marina está en peligro.

—Eso servirá para empezar —dijo Paula—. Todavía tiene sangre bajo las uñas, senadora. Supongo que llegó ahí cuando registró el cuerpo.

Justine sabía que se le estarían coloreando las mejillas. *Valiente maniobra, qué hábil, ¿no?* Le lanzó a la investigadora una mirada larga y calculadora, y después metió la mano en el bolso en busca de otro pañuelo de papel.

—¿Encontró algo? —preguntó Paula.

—¿Todavía cree que el aviador estelar se apoderó de mí cuando estuve en Tierra Lejana?

—En este caso no hay nada seguro. El aviador estelar ha tenido mucho tiempo para establecer sus contactos dentro de la Federación sin encontrar resistencia y sin que lo advirtieran. Pero a eso le adjudico una probabilidad muy baja.

—Estoy en libertad condicional, entonces. —Justine aplicó el pañuelo a una mota de sangre que le quedaba en el índice izquierdo.

—Un resumen muy astuto.

—Debe de encontrarse muy sola ahí arriba, en el Olimpo, juzgándonos a todos los demás.

—No me había dado cuenta lo mucho que la ha afectado la muerte de McFoster. Por lo general, no esperarí­a que una Burnelli regalara ventajas en un trato.

—¿Estamos haciendo un trato?

—Ya sabe que sí.

—Kazimir y yo éramos amantes —dijo Justine sin más, como si fuera un informe de la Bolsa, intentando mantener la distancia. Por dentro, el entumecimiento comenzaba a dar paso al dolor. Sabía que una vez que el cuerpo se entregara a la clínica sin más percances, ella tendría que regresar a la Mansión del Tulipán, un lugar donde podría llorar­lo de verdad sin que nadie la viese.

—Eso ya lo había determinado. ¿Se conocieron en Tierra Lejana?

—Sí. Él solo tenía diecisiete años. Jamás imaginé que podría volver a amar así a alguien. Pero no se puede elegir cuándo se convierte en amor verdadero, ¿verdad?

—No —Paula le dio la espalda.

—¿Ha estado así de enamorada, investigadora? ¿Con un amor que la vuelve completamente loca?

—No desde hace ya varias vidas, no.

—Podría enfrentarme a una pérdida de cuerpo. Ya lo he hecho con mi hermano. Podría enfrentarme incluso a que perdiera varios días de memoria. Pero esto, esto es la muerte, investigadora. Kazimir se ha ido para siempre y ha sido por mi culpa, fui yo la que lo traicionó. No estoy equipada para eso, mentalmente no. La muerte auténtica no es algo que ocurra hoy en día. Los errores de esta magnitud no se pueden enterrar.

—El ataque de los primos provocó la muerte de varias decenas de millones de seres humanos en los 23 Perdidos. Personas que jamás serán sometidas a un proceso de renacimiento. Su dolor no es único. Ya no.

—No soy más que otra zorra rica que ha perdido una baratija. ¿Es eso?

—No, senadora. Su sufrimiento es muy real y créame que la comprendo. Sin embargo, creo que lo superará. Tiene la determinación y la claridad de pensamiento que solo se pueden permitir personas de su edad y experiencia.

Justine lanzó un bufido.

—Se refiere a tejido cicatrizal emocional.

—Entereza se acercaría más. Si acaso, yo diría que hoy le han demostrado hasta qué punto es usted humana. En eso al menos debería estar satisfecha.

Justine terminó de limpiarse las uñas con el pañuelo de papel. Ya no quedaba ninguna prueba de que lo hubiera tocado jamás. Era una idea deprimente.

—¿De verdad lo cree?

—Lo creo. ¿Supongo que el cuerpo se está trasladando en realidad a la clínica de su familia para que pueda clonarlo?

—No. No pienso hacerle eso. Replicar su físico no va purgar mi culpa. Una persona es algo más que su cuerpo. Voy a darle a Kazimir el único regalo que puedo ofrecerle todavía. No puedo hacer menos.

—Ya veo. Entonces le deseo que sea feliz con su elección, senadora.

—Gracias.

—Pero me gustaría saber de todos modos si encontró algo.

—Un cristal de memoria.

—¿Me permite verlo?

—Sí, supongo que sí. Es su experiencia lo que voy a necesitar para intentar derribar al aviador estelar. Pero hay límites en la cooperación que voy a prestar. No pienso darle a la Marina nada que les ayude a detener a los Guardianes. Me da igual lo comprometida que se sienta con el arresto de Johansson.

—Entiendo.

Adam le había dado personalmente a Kieran McSobel la misión de apoyo para el viaje de Kazimir. Kieran había progresado mucho desde su llegada a la Tierra unos años antes, había asimilado el oficio con facilidad y no dejaba que lo afectara la presión. Cualidades que lo distinguían como una persona más que adecuada para el tipo de operaciones que estaban realizando los Guardianes en los últimos tiempos. La misión sería un paseo por el parque para él.

Cuando llegó el tren circular de Kazimir, Kieran estaba en su sitio en la explanada de Carralvo, mezclándose con el torrente continuo de pasajeros. Indistinguible entre la multitud como cualquier buen operativo, preparado para cualquier contingencia.

Al otro lado del complejo de la estación, los Guardianes vigilaban su avance desde las oficinas de la compañía Max Transit de Lemule. Mientras, el propio Adam se apoyaba distraído en la pared trasera y los observaba. No interfirió con los procedimientos, después de todo, eran los que él les había enseñado, pero quería que su presencia les proporcionara cierto grado de seguridad. Una cómoda figura paternal. Era un esfuerzo no hacer una mueca de desesperación cada vez que lo pensaba. Pero esa era una operación crucial y tenía que estar allí para echarle un ojo. Bradley Johansson estaba desesperado por conseguir los datos marcianos. El ataque alienígena contra los márgenes de la fase dos había hecho estragos en el calendario que habían concebido con tanto cuidado.

Marisa McFoster estaba realizando escáneres electrónicos por toda la red de Carralvo en busca de cualquier actividad que indicase que estaban vigilando a Kazimir.

—Está limpio —anunció. Un enlace seguro la conectaba a Kieran—. Procede —le dijo la joven.

El mapa de la pantalla de uno de los monitores de la chica mostraba el icono de Kieran moviéndose con lentitud por la explanada hacia la salida principal. Debería estar a treinta metros de Kazimir, vigilando la muchedumbre de pasajeros en busca de posibles sombras.

—Se ha detenido —dijo Kieran de golpe.

—¿Qué quiere decir «detenido»? —preguntó Marisa.

Adam se irguió de inmediato. *Por favor, otra vez no.*

—Le está gritando a alguien —dijo la voz confundida de Kieran—, ¿pero qué está haciendo, por todos los cielos soñadores...?

—Dame un visual —le dijo Marisa.

Adam corrió a colocarse tras la silla de la joven y se inclinó para mirar al portal del monitor. El enlace de los implantes de retina de Kieran les mostró una imagen inestable, una visión poco clara a través de una multitud de personas. Un grupo de

cabezas oscuras y desenfocadas subían y bajaban justo delante de él. Al otro lado corría una figura. La imagen sufrió un destello blanco cuando se descargó una pulsación de iones.

—¡Joder! —chilló Kieran. Briznas manchadas de oscuridad atravesaron la luz deslumbradora cuando el muchacho agitó la cabeza. Durante un segundo hubo una imagen borrosa en blanco y negro de un hombre que volaba hacia atrás por el aire con los brazos y las piernas extendidos. Después, Kieran se centró en el hombre de la pistola que en ese momento se giraba para echar a correr.

—¡Bruce! —exclamó Marisa.

—¿Quién coño es Bruce? —quiso saber Adam.

—Bruce McFoster. El amigo de Kazimir.

—Mierda. ¿Te refieres al que mataron?

—Sí.

Adam se golpeó la frente con el puño.

—Solo que no estaba muerto. No es la primera vez que el aviador estelar les hace esto a vuestros prisioneros. ¡Maldita sea!

La pantalla que mostraba las imágenes de Kieran sufrió un destello blanco.

—Está disparando otra vez —dijo Kieran. Todo lo que mostraba el portal en ese momento era un par de zapatos, su dueño estaba tirado en un suelo blanco de mármol. Kieran levantó la cabeza y los zapatos se hundieron en el fondo del portal, más allá de ellos, Bruce McFoster corría por la explanada y todo el mundo buscaba refugio a ambos lados del hombre que continuaba disparando. Dos hombres y una mujer lo perseguían con pistolas en la mano y gritándole que se detuviera. Iban vestidos con ropas sin ningún distintivo.

—Esos no son de la seguridad del TEC —dijo Adam con tono lúgubre.

Un disparo desde algún lugar que estaba por encima y detrás de Kieran golpeó a Bruce McFoster. Su campo de fuerza destelló por un instante, pero no lo hizo perder el ritmo.

—Dios bendito, ¿cuántas personas sabían que Kazimir hacía este viaje?

Unos iconos rojos empezaron a destellar por el monitor de Marisa.

—Alguien ha atacado la red local con un caos —dijo—. Un ataque grave, es un programa de primera categoría. La IR apenas puede contener la contaminación.

—Eso será Bruce, o los que lo controlan —dijo Adam—. Lo ayudará a deshacerse de esos. Debían de saber que la Marina estaba vigilando a Kazimir. —*Que es más de lo que sabíamos nosotros*, pensó con desconsuelo.

El enlace con los implantes de Kieran se estaba disolviendo, todo lo que quedaba era el canal de audio seguro.

—¿Qué hacemos? —preguntó Marisa.

—Kieran, ¿puedes llegar hasta Kazimir? —preguntó Adam—. ¿Puedes recuperar el cristal de memoria?

—No... oh, qué... hay alguien... armado... junto a... no hay forma, no puedo... más gente... dispararon alarmas...

—De acuerdo, quédate ahí y mira a ver qué pasa. A ver a dónde lo llevan.

—Estoy... de acuerdo.

—¿Ves a dónde ha ido Bruce?

—... Disparando todavía... caza... andén 12A... persiguen... repito, andén 12A...

Adam ni siquiera tuvo que consultar el mapa del monitor. Después de trabajar veinticinco años en L. A. Galáctico, conocía la distribución de la inmensa estación mejor que Nigel Sheldon. Se sentó ante el monitor al lado de Marisa y abrió las líneas especializadas que había ido instalando con todo cuidado a lo largo de los últimos años, utilizando robots para ir tendiendo cable de fibra óptica a través de conductos y a lo largo de cañerías, así había extendido su red invisible por todo el paisaje de la inmensa estación. Cada uno estaba conectado a un diminuto sensor furtivo; los habían colocado en las paredes, a gran altura, en farolas, puentes, en cualquier parte que proporcionara un buen campo de visión.

Dos de ellos cubrían la gran zona del cruce que había al oeste de la terminal Carralvo. Las imágenes aparecieron justo a tiempo para que Adam viese a Bruce saliendo a toda velocidad por debajo del enorme y arqueado tejado de cemento que cubría el andén. El agente del aviador estelar hizo un brusco giro y empezó a saltar sobre las vías. Adam incluso contuvo el aliento de repente en un momento dado cuando un tren se lanzó hacia la veloz figura. Pero Bruce saltó con toda limpieza por delante, con una coordinación perfecta. Pasó corriendo junto a un segundo tren que viajaba con más lentitud y en dirección contraria. Lo que despistó por completo al personal de la Marina que lo seguía.

El personal de seguridad del TEC iba apareciendo en las imágenes, corriendo peligrosamente cerca de los trenes al intentar ver entre los destellos de las ruedas. Adam se dio cuenta de repente que ninguno de ellos tenía contacto con control de tráfico. Bruce saltó sobre una vía de nivel magnético y cambió de dirección una vez más. Sus perseguidores habían comenzado a frenar, desconfiaban de los trenes que se precipitaban por el cruce y cambiaban de vía sin previo aviso. A pesar de todas sus precauciones, estaban desplegados en un simple círculo que se iba contrayendo poco a poco. Adam sabía que debían de tener acceso a algún tipo de comunicación.

Le ordenó a un sensor que se centrara en uno de los miembros del personal de la Marina. Allí estaba, la mujer estaba emitiendo una leve micropulsación electromagnética, muy por encima del espectro nodal de la ciberesfera civil normal. Estaban utilizando un sistema especializado de cifrado de primer orden para mantenerse en contacto.

—Maldita sea —susurró Adam para sí. No era de extrañar que los programas de escrutinio de su equipo, infiltrados con tanto esmero en los nodos de la red de L. A. Galáctico, no hubieran visto el sistema de seguimiento que rodeaba a Kazimir. Lo que significaba que Inteligencia Naval sospechaba de su capacidad de contravigilancia; o eso o Alic Hogan estaba francamente paranoico.

Uno de los miembros de la Marina se estaba acercando a Bruce por un estrecho corredor formado por dos trenes en movimiento. Solo los separaban un par de cientos de metros. Bruce parecía no ser consciente de su perseguidor.

—... Paula Myo... —dijo Kieran.

—Repite, por favor —le dijo Adam a toda prisa.

—...veo... a Myo... explanada... a cargo... hablando... la senadora.

¡Paula Myo! Así que no está fuera del caso, después de todo. ¡Maldita sea!

Fue una distracción ínfima, pero suficiente para que Adam perdiera de vista a Bruce entre las vías y los trenes que pasaban a toda velocidad.

—¿Dónde coño se ha metido?

Daba la sensación de que los perseguidores tampoco tenían ni idea. Una fila entera de ellos caminaba por la vía donde estaba momentos antes, se gritaban entre sí y agitaban los brazos. A su alrededor, los trenes se iban deteniendo.

Hizo falta volver a poner tres veces las grabaciones de los sensores antes de que Adam estuviera seguro de verdad. Observó la imagen realzada de Bruce a cámara lenta: una colección de píxeles grises y borrosos que daba un salto de locos hacia un tren de mercancías que se deslizaba a su lado. Un cuadrado oscuro que se encontraba en el costado del contenedor de carga se tragó el borrón de la figura. Segundos después, el cuadrado se había desvanecido, se había cerrado y convertido en una lámina normal del metal.

—Hijo de puta —gruñó Adam—. Nos enfrentamos a una panda de auténticos Boy Scouts.

—¿Señor?

—Han llegado muy bien preparados.

Cuatro siglos de experiencia y objetividad no sirvieron para nada en absoluto cuando la *Exploradora* comenzó su aterradora caída al vacío; Ozzie empezó a chillar tanto como Orión, los gritos de ambos eran audibles incluso por encima del estruendo de la caída del mar. La espuma giraba alrededor de la desvencijada balsa con una fuerza brutal, borrando toda visión del cielo en medio de una bruma gris. Ozzie se aferró al mástil como si eso solo pudiera salvarlo de una muerte segura mientras caía y seguía cayendo sin fin. La espuma le empapó la ropa en cuestión de segundos mientras le aguijoneaba la piel desnuda.

Cogió aliento y volvió a gritar. Cuando se quedó sin aire volvió a respirar hondo, la mitad de lo que absorbió fue agua efervescente. Tosió y escupió, una acción automática que superó el impulso salvaje de seguir gritando. En cuanto se le despejó la garganta y tuvo los pulmones llenos otra vez, empezó a abrir la boca para el grito que terminaría con toda seguridad en una horrenda explosión de dolor. En el fondo de su cabeza, un pensamiento inseguro, confuso, comenzaba a tomar forma.

Al precipitarse por el borde de la catarata, Ozzie había vislumbrado la extensión imposible de la cascada y no había fondo. No había rocas irregulares sobre las que partirse en mil pedazos. No había un final escarpado. De hecho, no había nada.

¡Todo este montaje es artificial, gilipollas!

Ozzie cogió aire otra vez, exhaló a través de las aletas hinchadas de la nariz y luego se obligó a inhalar profundamente. Su cuerpo insistía en decirle que estaba cayendo, que ya llevaba haciéndolo varios segundos. El instinto animal sabía que debían de haberse precipitado por una distancia increíble, que su velocidad había superado con creces la velocidad terminal. La rutina de inspiraciones y expiraciones constantes que adoptó lo ayudó a ralentizar el ritmo frenético del corazón.

¡Piensa! No te estás cayendo, estás en gravedad cero. ¡Caída libre! Estás a salvo... de momento, en cualquier caso.

El rugido de la catarata que se oía por alguna parte, más allá de la espuma que los azotaba, seguía siendo abrumador. Ozzie podía oír los gritos de Orión, que se habían convertido en gimoteos atragantados. Se secó las gotas que lo cegaban y miró a su alrededor. El chico se aferraba a la cubierta de la balsa a un par de metros de distancia. El terror desnudo de su rostro era horrible, nadie debería tener que sufrir así.

—No pasa nada —bramó Ozzie—. No estamos cayendo, solo lo parece. Estamos en caída libre, como los astronautas. —*Eso debería tranquilizar al chico.*

El horror de Orión adoptó una expresión ambigua.

—¿Astroqué?

¡Oh, por el amor de Dios!

—Estamos a salvo. ¿De acuerdo? No es tanto como parece.

El muchacho asintió con la cabeza, no estaba en absoluto convencido. Seguía preparándose para el impacto mortal que daba por seguro.

Ozzie lanzó un buen vistazo alrededor, se retiraba el agua de la cara continuamente. Consiguió distinguir el sol, una mancha brillante que creaba una espiral de arco iris refractarios entre la espuma. Llamémosle a eso hacia arriba, entonces. La mitad del universo saturado que los rodeaba era más oscuro que la otra mitad. Eso debía de ser la catarata. Lo que no podía ser posible porque si de verdad estuvieran en gravedad cero, el agua no caería hacia ninguna parte. Y sin embargo, él lo había visto. Se sujetó con más fuerza al mástil con una sacudida involuntaria.

Muy bien, ¿qué puede hacer que el agua fluya en gravedad cero? Quién cojones lo sabe. Pero ¿qué geometría tiene este mundillo de chalados? No puede ser un planeta...

Recordó las motas de agua que flotaban por el cielo brumoso y eterno del halo de gas. Ese mundillo colosal debía de ser una de ellas. Como siempre en ese sitio, la magnitud lo había despistado.

Un océano plano a un lado, entonces. Con el agua cayendo por el borde. Si se vierte de forma constante, entonces habrá que sustituirla. O lo que es más probable, se limita a ir circulando una y otra vez. El lado inferior recoge el vertido de algún modo y lo vuelve a enviar al lado del océano. ¡Qué locura! Claro que si puedes crear gravedad y después aplicarla como quieras, en realidad no es tan extraño.

Con una gravedad controlable como punto de referencia, Ozzie intentó imaginarse la geometría de aquel mundillo. Si de verdad era como las otras motas de agua, entonces estaba cubierto por completo de agua. Los proyectores de gravedad se limitaban a tirar del fluido en direcciones inesperadas. A Ozzie no le gustaban las formas que se le estaban ocurriendo. Ninguna de ellas tenía parte inferior por donde la balsa pudiera flotar con tranquilidad.

Cuando volvió a mirar, le pareció que se estaban acercando a la catarata. La espuma que los rodeaba era sensiblemente más fina, sin embargo, la penumbra no era más oscura. Debían de estar entrando en la sombra del lado inferior.

Aquí hay gravedad, en ángulo con el océano que está encima. Quizá incluso menos de noventa grados, porque hay que tirar del agua para que dé la vuelta y se meta por debajo. Lo que en realidad no es ninguna buena noticia. No podemos permitirnos vernos atrapados en el flujo.

De momento estaban a salvo, siempre que la gravedad del lado inferior siguiera siendo tenue. La corriente del océano los había disparado en horizontal más allá del

borde del mundillo, lo que les había dado cierto margen, pero la gravedad artificial del lado inferior terminaría por arrastrarlos al final. Ya estaba atrayendo a las gotas de espuma, que volvían a entrar en el flujo.

Tenían que apartarse de allí mientras la gravedad siguiese siendo débil. Y a Ozzie solo se le ocurría una fuerza propulsora, la única que les quedaba.

Ozzie comprobó que la cuerda que le rodeaba la cintura estaba bien atada a la base del mástil y después se soltó. Orión lanzó un chillido, asustado; seguía con los ojos muy abiertos cada movimiento de Ozzie. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que Ozzie había estado en caída libre e incluso entonces no se le había dado demasiado bien maniobrar. Se impulsó un poco contra el mástil, recordaba la regla primordial, que nunca debes moverte deprisa. Había objetos desliziándose entre la espuma que los rodeaba, sobre todo los globos de fruta que se habían llevado con ellos y que se habían escapado de las cestas de mimbre. Su pequeño neceser de afeitado pasó junto a él entre tropezones y Ozzie maldijo, con un malestar estúpido dada una pérdida tan trivial. Por suerte, la matriz de mano seguía enganchada a su mochila, que estaba amarrada con firmeza a la cubierta. Tiró del reluciente artilugio para soltarlo y se fue arrastrando después por la *Exploradora* hasta que alcanzó a Tochee.

La cubierta de madera a la que se aferraba el gran alienígena con sus cadenas locomotoras se doblaba hacia arriba de la fuerza que hacía Tochee. Algunas de las ramas talladas con tosquedad incluso estaban empezando a fracturarse. Ozzie se sujetó a una única rama de la cubierta y empujó la matriz delante del ojo protuberante de Tochee.

—Tenemos que salir de aquí —exclamó Ozzie. La matriz tradujo su voz y la convirtió en un baile de estallidos de color violeta en la pantalla.

—Nos vamos a matar en la caída —respondió Tochee a través de la matriz—. Lo lamento. Deseo vivir más.

—No tengo tiempo para explicarlo —respondió Ozzie. Era consciente de que el estruendo de la catarata se reducía a medida que la cascada se iba calmando poco a poco—. Confía en mí, por favor. Tienes que sacarnos de aquí volando.

—Amigo Ozzie. No puedo volar. Lo siento.

—Sí que puedes. Nada, Tochee, nada en el aire. Con eso deberíamos soltarnos. No debemos tocar otra vez el agua.

—No lo entiendo.

—No hay tiempo. Confía en mí. Yo te sujeto. Tú nada. Aléjate de la catarata. Con todas tus fuerzas. —Ozzie trepó con torpeza por el cuerpo de Tochee. El manto natural del alienígena, aquellas frondas que eran como plumas de colores, estaba saturado y se pegaba a la piel correosa de la criatura. Las frondas estaban empapadas y Ozzie no se atrevió a tirar muy fuerte por si arrancaba alguna. Al fin se colocó detrás de la grupa de Tochee y extendió los brazos para sujetar las cadenas locomotoras del alienígena. El humano sintió el tejido gomoso que se deslizaba bajo sus dedos cuando las yemas se hincharon sobre sus manos y formaron un asidero irrompible.

Tochee se tensó durante un largo instante y después se soltó de repente de la *Exploradora*. Extendió las cuatro cadenas, que se convirtieron en amplias aletas que comenzaron a ondularse con cierta vacilación. Ozzie sintió que la cuerda se tensaba

alrededor de su cintura. Después, cuando Tochee empezó a agitar las aletas con barridos más grandes y positivos, la tensión de la cuerda aumentó. Si hubiera pensado en la masa que acumulaba la balsa, a Ozzie quizá se le hubiera ocurrido un método un tanto diferente para que Tochee los sacara de allí. Pero, en aquellos momentos, él era el eslabón crítico de la cadena. Con los vigorosos movimientos de Tochee, que los iban alejando del diminuto campo de gravedad del lado inferior, la balsa entera dependía de la cintura de Ozzie, de forma literal. Apretó los dientes cuando aumentó la fuerza que tenía que ejercer en los brazos. Y como Tochee podía ver el efecto que estaba teniendo, su entusiasmo creció. De hecho, levantaba ráfagas empapadas de aire con las aletas. La gran criatura comenzó a cambiarlas todavía más, afinando la carne para que se parecieran más a alas. Ozzie solo sabía que los brazos se le iban a desprender de las articulaciones de los hombros en cualquier momento.

Nunca supo con exactitud cuánto tiempo les llevó, pero al final la espuma se redujo a una bruma insípida. Que también desapareció. Dejaron atrás el manto de bruma de la catarata y salieron a la luz directa del sol. Un cielo de color azul brillante se materializó a su alrededor y su calor les empapó la piel. El ruido de la catarata se había convertido en un gruñido de fondo. Ya no era una amenaza.

Tochee dejó de aletear y encogió la piel sinuosa, que recobró la forma habitual de cadenas que le recorrían los flancos. Ozzie sintió que un ligero temblor recorría el enorme cuerpo de su amigo. Cuando miró abajo, entre las piernas, vio que bajaban flotando hacia la balsa. La cara perpleja y esperanzada de Orión se alzaba para mirarlos. La cuerda ya se había aflojado y se doblaba formando flexibles lazos que serpenteaban por el aire. Evitaron empalarse en la punta del mástil y bajaron hasta la cubierta. Tochee extendió un delgado tentáculo y enrolló la punta alrededor de una rama.

La cadena locomotora que asfixiaba las manos de Ozzie se retrajo y este se agarró al mástil. El corazón le golpeaba con fuerza dentro de las costillas.

—¿Qué está pasando? —preguntó Orión. El muchacho todavía no había soltado la parte de la cubierta a la que se había atado—. ¿Por qué no estamos muertos?

Ozzie abrió la boca y lanzó un ruidoso eructo. Puesto que tenía un momento, empezó a sentir que su estómago se rebelaba contra la incesante sensación de caída. Y encima de esa incomodidad, tenía la cabeza como si de repente empezara con un catarro, con los senos nasales atascados por completo.

—No estamos cayendo en el sentido normal del término —dijo Ozzie poco a poco. Era consciente de que el cuerpo de Tochee alineaba el ojo con la matriz de mano, donde el alienígena estaba leyendo con avidez los patrones puntiagudos y violetas que florecían en la pantalla—. Y eso no era un planeta normal. —Señaló con vacilación la catarata gigante. Formaba un telón asombroso de movimiento resplandeciente por el lado de babor de la balsa, y se extendía hasta desvanecerse en tres direcciones. Solo el borde del mundillo le proporcionaba un final. Y este parecía ir reduciéndose con suavidad.

De hecho, la *Exploradora* había descendido varios kilómetros por debajo del nivel del océano. Allí, el agua hacía espuma y se alzaba salvaje al caer por el borde; mientras que a su espalda era bastante más plácida al tiempo que sus gigantescas y exaltadas cataratas y espuma volvían a fundirse en un único torrente sinuoso que se precipitaba

por el acantilado que incluía el lado del mundillo sintético. Aunque siguió el flujo del agua con la mirada, Ozzie no vio a dónde se dirigía, ni siquiera con el zum de los implantes de retina a toda potencia. Justo al límite de la resolución, el acantilado parecía curvarse. Si estaba en lo cierto, eso significaría que el mundillo era semiesférico.

Justo encima de ellos, el borde del mundillo era curvo, sin lugar a dudas, aunque la curva era muy ligera. Los implantes de Ozzie hicieron unos cuantos cálculos. Si la parte superior era circular de verdad, tendría algo más de mil quinientos kilómetros de diámetro. Lanzó un silbido de admiración.

—Creo que voy a vomitar —dijo Orión con aire desgraciado.

—Escucha, tío —dijo Ozzie—. Sé que te parece una sensación muy rara y soy muy consciente de que parece incluso peor, pero el cuerpo humano puede vivir en estas condiciones. Los astronautas se pasaban meses enteros flotando en el espacio cuando yo tenía tu edad.

—Yo no conozco a ningún astronauta —gimió Orión con tono taciturno—. Jamás he oído hablar de alienígenas que se llamaran así.

A Ozzie le apeteció dejar caer la cabeza entre las manos, pero eso habría requerido cierta gravedad.

—Yo tampoco estoy seguro de que mi cuerpo pueda sobrevivir —dijo Tochee a través de la matriz—. Siento una incomodidad considerable. No entiendo por qué creo que estoy cayendo. Veo que no es así y sin embargo, no es eso lo que me dicen mis sentidos.

—Sé que al principio es difícil —dijo Ozzie—. Pero confiad en mí, tíos, vuestros cuerpos se acostumbrarán en poco tiempo. Si la experiencia sirve de algo, es probable que incluso llegue a gustaros.

Se detuvo cuando Orión emitió el deprimente sonido de una arcada, después se puso a vomitar un poco.

—Me gustaría creerte, amigo Ozzie —dijo Tochee—. Pero no considero que comprendas mi fisiología lo suficiente como para hacer semejante afirmación.

Orión se limpió la boca con la mano y después se quedó mirando con cara de asco los glóbulos amarillos y pegajosos que oscilaban poco a poco por el aire justo delante de su cara.

—No podemos quedarnos aquí —exclamó con tono desolado—. Tochee, ¿puedes arrastrarnos otra vez a la isla?

—Debería poder.

—Eh, un momento, tíos —dijo Ozzie—. No nos precipitemos con ese tipo de medidas. Si sobrevolamos ese océano y nos atrapa la gravedad, es probable que caigamos de verdad.

—Tiene que ser mejor que esto —lloriqueó Orión. Se le volvieron a abultar las mejillas y gimió.

Ozzie volvió la cabeza y miró el mundillo. No cabía duda de que se alejaban de él flotando a un ritmo lento pero firme.

—Hay otros objetos dentro del halo de gas. ¿Recordáis lo que me dijo Bradley Johansson? Él terminó en una especie de coral arbóreo que vive aquí, en órbita. Y tienen senderos para salir de aquí, seguro. Es decir, ¿de qué otro modo volvió él a la Federación?

—¿Están muy lejos? —gimió Orión.

—No lo sé —dijo Ozzie con paciencia—. Tendremos que esperar y ver qué nos encontramos a continuación. —Extendió la mano—. Aquí hay brisa. Eso significa que nos estamos moviendo. —Se dio cuenta de que la balsa había girado de modo que el mundillo se iba deslizando bajo la cubierta.

—Odio esto, te lo juro —dijo Orión.

—Lo sé. Ahora vamos a sujetarlo todo lo mejor posible. No podemos arriesgarnos a perder más provisiones. Ni a ninguno de nosotros, si a eso vamos.

La intención de los diseñadores de la Mansión del Tulipán había sido que el invernadero fuera el saloncito del desayuno. Se extendía por el lado oriental del ala norte como una ampolla octogonal: un alto tejado tradicional de cristal sostenido por columnas de hierro forjado y paredes formadas por cristales que se curvaban con suavidad y que llegaban hasta el nivel del suelo. El suelo era clásico, baldosas de mármol blancas y negras con una gran barra central y circular de estilo romano donde los mimados dueños podrían tomar su colación matinal entre vigas moteadas por la intensa luz del sol. Las parras y las fucsias trepadoras crecían en unas grandes macetas sin vidriar a los pies de cada columna, su peludo follaje proporcionaba una suave sombra. Como ocurre con todas las habitaciones soleadas y llenas de plantas que se riegan de forma constante, el aire tenía un aroma almizclado y dulce, complementado durante el día por la delicada fragancia de las efímeras flores que florecían todo el año.

Dado que la familia Burnelli prefería el comedor del ala oeste, menos expuesto, para empezar el día, Justine se había apoderado de aquel aposento y lo había convertido en una especie de despacho informal. Se había desprendido de los sillones formales y los había sustituido por grandes sofás de cuero e incluso un par de sacos de gel moldeable. En aquellos tiempos, lo único que quedaba en pie en la barra central era un acuario gigante con forma de media luna que albergaba una pintoresca colección de peces terráqueos y alienígenas que se contemplaban entre sí con cautela. Dejaba justo el espacio suficiente para que los dos técnicos instalaran la nueva gran matriz en la superficie restante.

Justine permanecía en la puerta, observando cómo completaban las comprobaciones y recogían sus herramientas. Iba vestida de negro, por supuesto, una falda larga y lisa, y una blusa a juego; nada demasiado moderno, pero tampoco lúgubre. Una simple declaración de principios que le pareció de lo más apropiada. La mayor parte de su círculo social ni siquiera reconocería su significado, pensó, *la gente como ellos ya no tenía que enfrentarse al concepto de la muerte*.

—Ya está en marcha, señora —dijo el técnico más veterano.

—Gracias —dijo Justine con aire distante. Los dos técnicos asintieron con gesto cortés y se fueron. Eran de Dislan, la compañía de electrónica que pertenecía a la familia y que solo fabricaba y les proporcionaba equipamiento a ellos.

Se acercó al austero cilindro de color gris plateado que ocupaba un espacio en la barra de granito pulido. Había una luz roja diminuta en el borde superior que resplandecía con un brillo de color escarlata.

Paula Myo entró en la sala y cerró las altas puertas dobles tras ella.

—¿Estamos en un sitio seguro, senadora? —preguntó. Había cierto grado de escepticismo en su tono de voz cuando echó un vistazo a través de los amplios ventanales. Más allá de la rosaleta, las colinas del condado de Rye formaban un paisaje arrugado de pinares interrumpido por el verde más profundo de las franjas de rododendros que hacía ya mucho tiempo que habían terminado de florecer.

Justine le dio a su mayordomo electrónico una orden. Las paredes y el techo se disolvieron, convertido todo en una cortina granulosa de luz gris, como un proyector de hologramas que mostrara un cielo apagado de otoño. No quedaba rastro alguno del mundo exterior, un efecto que provocaba una sensación casi claustrofóbica.

—Ahora sí —dijo Justine con tono ligero—. Y la matriz es completamente independiente, ni siquiera tiene un nodo, así que nadie puede piratearla. Estamos tan aisladas como es posible estarlo en el mundo moderno. —Sacó el cristal de memoria de una esbelta caja de metal y se colocó delante de la matriz. La única luz cambió de color, el escarlata se convirtió en esmeralda cuando apoyó la mano encima—. Quiero que escanees esto y me digas los datos que contiene.

—Sí, senadora —respondió la IR. En la cima del cilindro se dilató un pequeño círculo y Justine dejó caer el cristal en su interior.

—Es un escáner cuántico —le dijo a Paula—. Así que debería ubicar cualquier emboscada conectada a la estructura molecular.

Las dos se sentaron en uno de los sofás. Su cuero marrón estaba tan debilitado por la fuerte luz del sol que se estaba agrietando. Por eso le encantaba a Justine, y por la suavidad que le daba la edad. Era un mueble desvencijado en el hogar immaculado de un trillonario, lo que también hacía que la sala le resultara más atractiva, un pequeño sello de identidad.

—¿Qué ocurrió en la autopsia? —preguntó Justine.

—Fue todo muy normal —dijo Paula—. Confirmaron la falta de implantes de células de memoria. El resto de sus implantes eran todos relativamente comunes. Inteligencia Naval rastreará al fabricante y por ahí deberíamos averiguar la clínica que se los puso a Kazimir. Supongo que la operación se habrá pagado o bien con dinero en metálico o con una cuenta de un único uso. Adam Elvin no comete errores básicos, pero podríamos tener suerte.

—¿Eso es todo? —Justine no sabía muy bien qué esperar, algo que lo hiciera destacar al menos, un aspecto que demostrara lo excepcional que había sido aquel joven.

—En esencia, sí. Se confirma que la causa de la muerte fue el disparo de iones. No estaba tomando ningún narcótico aunque había pruebas de un gran número de inyecciones de esteroides y hormonas administradas a lo largo del último par de años, cosa comprensible en alguien nacido en un mundo con una gravedad baja. Debería saber que no se había sometido a ningún perfilamiento celular.

Justine miró a la investigadora con el ceño fruncido.

—Era él de verdad —le explicó Paula—. No estaban intentando colarle a ningún impostor.

—Ah. —Eso se lo podría haber dicho ella a la investigadora. Era Kazimir, imposible de falsificar—. ¿Qué hay de su habitación de hotel? ¿Alguna pista por ahí?

—No lo parece. Recibo los informes directamente de Inteligencia Naval, en cuanto los introducen en su base de datos. Por supuesto, si hay algo que no estén incluyendo, algo que se guarden para sí, entonces tenemos un problema.

—¿Es eso probable?

—Es una posibilidad remota. En términos legales, tienen que incluir todo en el expediente y por tanto, la Seguridad del Senado tiene acceso absoluto, ya que estamos por encima en la cadena de alimentación del servicio de seguridad. Sin embargo, tanto usted como yo sabemos que la Marina está comprometida. Uno de los agentes del aviador estelar podría estar reteniendo información.

—Suponiendo que no sea así, ¿nos contará muchas cosas la habitación del hotel?

—La verdad es que no. Los Guardianes parecen ser tan meticulosos en sus propias casas como en cualquier otro sitio. El único informe que me parece valioso es el historial financiero de Kazimir. Deberíamos disponer de un bonito desglose de sus movimientos antes de que usted alertara a la Marina sobre su presencia.

Una nueva oleada de culpabilidad hizo que Justine tensara los músculos de la mandíbula.

—¿Y cuándo estará preparado?

—En un par de días. La oficina de Inteligencia Naval de París correlacionará los datos. Yo lo revisaré después.

—París. Esa es su antigua oficina, ¿no es así?

—Sí, senadora.

—¿Cree que es allí donde está el agente del aviador estelar?

—Hay una probabilidad muy alta de que uno de ellos esté allí, sí. Estaba organizando varias operaciones para atraparlo antes de que me despidieran.

—Y yo fui y les hablé de Kazimir —dijo Justine con amargura.

Paula Myo se quedó mirando al cilindro que contenía la matriz.

—Voy a desenmascarar al aviador estelar, senadora. Para eso están luchando los Guardianes, y eso era en lo que Kazimir McFoster creía por encima de todo.

—Sí —asintió Justine.

—He completado un análisis del cristal de memoria —anunció la IR—. Contiene trescientos setenta y dos archivos de datos cifrados. Hay algunas salvaguardas informáticas para impedir el acceso no autorizado, pero se pueden burlar con facilidad.

—Bien —dijo Justine. Dada la capacidad de la matriz, le habría sorprendido mucho que no pudiera conseguir acceso a lo que estaba almacenado en el cristal—. ¿Puedes decodificar los archivos?

—Están cifrados con una geometría dimensional de mil doscientos ochenta. No tengo la capacidad de procesamiento para descifrar ese nivel.

—¡Mierda! —murmuró Justine. Por un momento había albergado alguna esperanza; había esperado un poco más de ayuda de un equipo que acababa de costarle algo más de cinco millones de dólares de la Tierra—. ¿Quién la tiene?

—La IS —dijo Paula—. Y los Guardianes, por supuesto.

Justine hizo la pregunta que más le costó.

—¿Confía en la IS?

—Si se refiere a si nos va a ayudar a derrotar a los alienígenas primos, creo que es un aliado en el que se puede confiar.

—Esa es una respuesta muy cauta.

—No creo que los humanos puedan comprender todos los motivos de la IS. Ni siquiera conocemos sus verdaderas intenciones con respecto a nosotros como especie. Afirma que es benigna y que jamás ha actuado de ningún otro modo hacia nosotros. Sin embargo...

—¿Sí?

—Durante el curso de mis investigaciones me he encontrado con ejemplos que sugieren que nos presta bastante más atención de la que admite.

—La recogida de información ha sido la ocupación principal de los gobiernos desde que los troyanos recibieron una sorpresa muy desagradable con el regalito que se dejaron los griegos. No dudo ni por un segundo que la IS nos observa.

—Pero ¿con qué fin? Hay varias teorías, la mayor parte de las cuales pertenecen a los reinos más extravagantes de la paranoia conspirativa. Todas tienden a referirse a su incipiente ascenso a la divinidad.

—¿Y qué cree usted?

—Imagino que nos mira de un modo muy parecido a cómo contemplaríamos nosotros a un vecino un tanto problemático. Nos observa porque no quiere ninguna sorpresa, sobre todo una sorpresa que amenace al barrio.

—¿Tiene eso mucha importancia?

—Seguramente no, a menos que decida ponerse del lado de los primos.

—Maldita sea, es usted muy suspicaz.

—Prefiero pensar en ello como un ejercicio prolongado de ajedrez —dijo la investigadora.

—¿Disculpe?

—Intento ver todos los movimientos posibles que se pueden hacer para presentar oposición con toda la antelación que puedo. Pero estoy de acuerdo en que la posibilidad de que la IS pertenezca al enemigo es muy remota. A nivel personal, yo he establecido una relación de trabajo muy útil con ella y, por supuesto, contiene un gran número de personalidades humanas descargadas que deberían actuar en nuestro favor.

—Ahora no sé qué demonios pensar.

—Lo siento, no pretendía causarle ninguna preocupación más. Ha sido muy desconsiderado por mi parte dada su situación actual.

—¿Sabe?, la única ventaja que me da mi edad en estos momentos es que sé cuándo estoy demasiado mal para tomar ese tipo de decisiones. Así que, si no le importa, lo dejaré en sus manos. ¿Quiere pedirle a la IS que lo decodifique por nosotras?

—La única alternativa es ponernos en contacto con los Guardianes y pedirselo a ellos.

—¿Sabe cómo hacerlo?

—No. Si tuviera una pista que me llevara a los Guardianes, ya los habría encerrado hace décadas.

—Ya veo. —El icono azul grisáceo del código que Kazimir le había enviado flotaba en el margen de su visión virtual, inerte pero, ah, tan tentador. Una vez más Justine sabía que no estaba pensando con la suficiente claridad para tomar esa decisión. Ni siquiera sabía si debía decirle a la investigadora que lo tenía. Y que una senadora de

la Federación se pusiera en contacto con lo que en esos momentos estaba clasificado como un grupo político terrorista era un acto de gran trascendencia. Por instinto, era reacia a arriesgarse a cargar ese inocuo código en la unisfera. Si se hiciera pública esa asociación antes de que quedara desenmascarado el aviador estelar, ella quedaría desacreditada por completo. Ni siquiera la familia podría protegerla. Y el aviador estelar habría conseguido otra victoria.

—Quizá no tengamos que pedirle a nadie que nos ayude con el cristal de memoria —dijo Paula—. La Marina está investigando el observatorio del Perú. Deberían ser capaces de averiguar la naturaleza de los datos, incluso si los expedientes en sí permanecen bloqueados.

—Está bien —dijo Justine, aliviada—. Esperaremos entonces hasta que la Marina archive ese informe. —Sacó el cristal de memoria de la matriz y después desconectó el aislamiento de la sala. La luz cálida de la tarde volvió a entrar por los grandes ventanales haciendo parpadear a Justine.

El mayordomo de la mansión aguardaba junto a la puerta.

—El almirante Columbia está esperando para verla, señora —dijo.

—¿Está aquí? —preguntó Justine sorprendida.

—Sí, señora. Lo he acompañado a la sala de visitas del ala oeste y le he pedido que esperara.

—¿Ha dicho lo que quería?

—Por supuesto que no, señora.

—Quédese aquí —le dijo Justine a Paula—. Yo me ocuparé de esto. —Partió por el pasillo central del ala norte cuadrando los hombros por el camino. Qué típico por parte de Columbia intentar aprovecharse haciéndole una visita sorpresa en su terreno. Si ese hombre pensaba que ese tipo de tácticas rudimentarias iban a funcionar con una Burnelli, aunque fuera con los más jóvenes, estaba muy equivocado.

La decoración de la sala de visitas del ala oeste recordaba a los días más suntuosos de la monarquía francesa. A Justine siempre le habían desagradado tantos marcos dorados y pan de oro; y los sillones de época, aunque dueños de una ornamentación muy bella, eran en realidad muy incómodos y uno no se podía sentar en ellos durante un periodo de tiempo prolongado.

El almirante Rafael Columbia estaba de pie, esperando delante de la enorme chimenea, con un pie un poco levantado y descansando en el hogar de mármol. Con su inmaculado uniforme, lo único que le faltaba era el abrigo ribeteado de piel y la imagen de zar imperial habría quedado completa. Parecía estar estudiando el reloj de ónice que dominaba la repisa de la chimenea.

—Senadora. —El almirante hizo una pequeña inclinación cuando Justine hizo su entrada empujando las dobles puertas y acercándose con paso firme—. Estaba admirando el reloj. ¿Es original?

Las puertas se cerraron tras ella.

—Imagino que sí. Mi padre es un coleccionista bastante meticuloso.

—Desde luego.

Justine le indicó una mesa de cristal en la que estaba grabado el blasón de los Burnelli. Se sentaron en extremos opuestos en sillas de respaldo alto.

—¿Qué puedo hacer por usted, almirante?

—Senadora, me temo que debo preguntarle por qué interfirió en una operación de Inteligencia Naval. En concreto, al llevarse el cuerpo de un sospechoso de terrorismo de la escena de un crimen.

—Yo no me llevé nada, almirante. Yo acompañé al cuerpo.

—Usted dispuso que se trasladara a unas instalaciones no oficiales.

—A las instalaciones biotécnicas de nuestra familia, sí. Donde se llevó a cabo la autopsia bajo la supervisión oficial correspondiente.

—¿Por qué, senadora?

Justine le dedicó una sonrisa gélida.

—Porque no confío en la Inteligencia Naval. Acababa de presenciar cómo fracasaba toda la operación de vigilancia de una forma catastrófica. No quería ningún fracaso más. El cuerpo de Kazimir debería proporcionar al personal de Inteligencia un buen número de pistas. Por lo que he visto hasta ahora, su departamento ha demostrado ser de una incompetencia notable. No habrá más errores en este caso, almirante. No pienso aceptar excusas.

—Senadora, ¿me permite preguntarle de qué conoce a Kazimir McFoster?

—Nos conocimos cuando me encontraba de vacaciones en Tierra Lejana. Tuvimos una breve aventura. Después apareció aquí, en la Mansión del Tulipán, justo antes de los ataques de los primos. Como es natural, cuando me dijo que estaba trabajando para los Guardianes, informé de inmediato al comandante Hogan. Está todo en el archivo.

—¿Qué quería?

—Varias cosas. Convencerme de que el aviador estelar era real. Eliminar las inspecciones de aduanas de todas las mercancías que viajan a Tierra Lejana. Me negué.

—¿Así que no estaban ustedes unidos?

—No.

—Tengo entendido que a usted le disgustó mucho su muerte.

—Me conmocionó mucho. No estoy acostumbrada a presenciar la muerte total. Fueran cuales fueran sus opiniones y actividades, nadie tan joven debería sufrir la muerte.

—¿La idea de la autopsia supervisada fue idea suya, senadora?

—Sí.

—Tengo entendido que Paula Myo también acompañó el cuerpo.

—Confío por completo en la investigadora Myo.

La expresión de Rafael se endureció.

—Me temo que no comparto esa confianza, senadora. La investigadora es un factor muy importante en todo este problema de los Guardianes al que se enfrenta Inteligencia Naval. Me sorprendí y disgusté en no poca medida cuando me enteré que su familia había obtenido su nombramiento para la Seguridad del Senado.

—A nosotros nos sorprendió que usted la despidiera de Inteligencia Naval.

—Después de ciento treinta años sin resultados, me pareció lo más conveniente.

—En la Federación todo el mundo conoce a la investigadora precisamente porque sí que consigue resultados.

—Si he de ser sincero con usted, senadora, la investigadora está empezando a perder los papeles. Acusó a sus propios oficiales de deslealtad. Estaba llevando a cabo

operaciones externas sin autorización. También comenzó a mostrar cierta simpatía por los terroristas que se suponía que debía perseguir.

—¿Simpatía? ¿En qué sentido?

—Dijo que creía en el aviador estelar, el alienígena.

—¿Y usted no?

—Pues claro que no.

—¿Quién mató a mi hermano, almirante?

—No lo entiendo. Usted sabe que fue el mismo asesino que mató a McFoster.

—Desde luego. Y McFoster era un Guardián. Para quien quiera que trabaje ese asesino, se opone tanto a la Federación como a los Guardianes. Creo que eso lo deja a usted con un número de sospechosos bastante limitado, ¿no le parece?

—Los Guardianes llevan mucho tiempo implicados en el tráfico de armas. Como grupo, esas personas tienden a dirimir sus diferencias con una fuerza extrema. Creemos que el asesino trabaja para uno de los comerciantes implicados.

—¿Y mi hermano se metió en medio, sin más?

—Si se bloqueó un envío de armas, estaría en juego mucho dinero.

—Esto es ridículo. A los senadores de la Federación no los asesinan en *vendettas* primitivas.

—Y tampoco los matan alienígenas invisibles.

Justine se acomodó en su silla y miró furiosa al almirante.

»Por muy desagradable que sea reconocerlo, senadora —dijo Rafael—. La Federación cuenta con una gran hermandad criminal. Por eso se formó la Junta Directiva Intersolar original de Crímenes Graves. Si no me cree, puede usted preguntarle a la investigadora Myo. O quizá quiera plantearse por qué existe la Seguridad del Senado. Ya tenemos suficientes problemas con las amenazas reales que hay contra la Federación. No nos hace falta inventarnos otras nuevas.

—Almirante, ¿me está usted advirtiendo de algo?

—Le estoy aconsejando, sus acciones actuales no son apropiadas en estos tiempos difíciles. Ahora mismo tenemos que estar unidos y enfrentarnos a un enemigo muy real.

—La Marina tiene todo mi apoyo y continuará recibéndolo.

—Gracias, senadora. Una última cosa. El terrorista McFoster estaba realizando una especie de misión de mensajero. No encontramos lo que transportaba.

Justine ladeó la cabeza y esbozó una sonrisa vacía.

—¿No es extraño?

—Mucho, senadora. ¿Me preguntaba si usted vio algo mientras lo acompañaba?

—No.

—¿Está segura, senadora?

—No vi lo que llevaba. Si es que lo llevaba.

—Ya veo. —La mirada de Columbia no vaciló en ningún momento—. Terminaremos encontrándolo, sabe.

—No encontraron al asesino después, ¿verdad? —Era una burla infantil, pero Justine la disfrutó de todos modos, sobre todo el modo en el que el cuello de Columbia enrojeció un poco por encima del uniforme.